

mucho tiempo, cuando los últimos hijos de la Tierra vean su patria en peligro de muerte.

Pero pensando en estos movimientos, nos parece que la causa inteligente que los determina no está oculta del todo. Si por una parte las órbitas planetarias se estrechan insensiblemente, y si los planetas se acercan al centro poco á poco : si por otra parte la fuerza generatriz del astro luminoso se debilita insensiblemente y se disminuye con lentitud ; estos dos hechos ¿podrian ser correlativos, y no seria una ley providencial que la familia se acercara al padre á medida que este llegase á viejo? ó, hablando con mas exactitud, ¿no es verosímil que los habitantes de la casa solar se acercan á la chimenea y á la lámpara, á medida que se debilitan el calor único que los calienta y la luz que produce sus dias?

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

REVISTA CRITICA DE LAS TEORIAS HUMANAS
CIENTIFICAS Y NOVELESCAS, ANTIGUAS Y MODERNAS
SOBRE LOS HABITANTES DE LOS ASTROS

LIBRERIA
MILONIANA

PREAMBULO

La doctrina científica y filosófica de la Pluralidad de Mundos, á pesar de su antigüedad en la historia del pensamiento humano, no podia recibir su verdadero carácter y establecerse sobre bases definitivas sino en nuestra época de análisis científico y de argumentación positiva. Por lo cual no es la historia propiamente dicha de esta doctrina la que nos proponemos hacer aquí, porque, bajo el punto de vista positivo, esta historia pasada no podría existir. Solo la *idea* de la Pluralidad de Mundos puede contar un pasado y aún un pasado glorioso, al través de todas las revoluciones que ha seguido el espíritu humano en las fases de su juventud. En torno de esta idea que se eleva como un tronco lleno de vida sobre el suelo de las edades antiguas, se han ingertado obras de imaginación cuyo movimiento interesa por mas de un título. Proponerse pasarles revista, es proponerse una excursión en un mundo semi-esistente que, en la apariencia, mezclada á veces de frivolidad, oculta sin contradicción mas de una enseñanza útil.

Hemos dicho que nuestra doctrina no podia en realidad afirmarse sino en el siglo décimonono: como la mayor parte de los críticos convienen en creer, se necesitaba el concurso y la correlación de todas las ciencias reunidas. Por importante que sea el aspecto astronó-

mico de la cuestion, la astronomía distaba mucho de poder por sí sola edificar este monumento: su mision era sentar sus bases sólidas y dejar á otras ciencias el cuidado de continuar la obra. La física del globo, la fisiología de los séres, la biología, todos los ramos reunidos bajo el término vago de historia natural, debian venir, en lo que á cada cual concierne, á poner sus piedras, y bajo la direccion de la filosofía natural, elevar el conjunto de la obra. Tal es el juicio unánimemente formado sobre las condiciones en que la doctrina de la Pluralidad de Mundos ha debido edificarse. No creemos del caso insistir mas sobre este juicio de la prensa respecto á esta doctrina.

Los cuadros siguientes presentarán la historia de las ideas y de los hombres precusores de esta doctrina. Si nuestra creencia no ha podido establecerse sino tras el progreso de las ciencias, no por eso ha dejado de preverse, indicarse, prepararse desde los siglos pasados. Algunas aspiraciones se han levantado en su favor, algunas teorías han sido inspiradas por ella, y creaciones del espíritu humano, más ó ménos sólidas, han ilustrado la idea de ella por diversos títulos. No es que la ciencia positiva las haya siempre producido, porque á menudo han salido, especialmente en las primeras edades, de la propension á lo maravilloso que reside en el fondo de toda alma humana; sino que parten siempre de principios característicos interesantes para el observador. Su cuadro pre esta bajo un aspecto variado la asombrosa facultad del espíritu humano, que con los recursos mas humildes edifica las obras mas atrevidas, y que, por la naturaleza misma de estas obras, ó por su color local, conserva casi siempre para la historia el indicio de su estado de elevacion en las diversas épocas por que ha pasado.

Los libros escritos á propósito de la idea de la Pluralidad de Mundos son numerosos, y su monografía es mucho mas rica y mas complexa de lo que parece á primera vista. Pero para muchos de ellos, que son brillantes bordados, como sucede en la mayor parte de obras ligeras, sus alas de mariposa no las han sostenido mu-

cho tiempo en el cielo del pensamiento, y unas tras otras han caído al suelo, cubiertas de polvo. Solo algunos nombres han quedado á la posteridad; los nombres de los que habian comprendido la grandeza de la idea encerrada en gérmen en estas palabras: Pluralidad de Mundos. Los demas están sepultados, y no han salido á luz sino por la accion de ese eterno reflujó de cosas, que sucesivamente cubre y descubre regiones ignoradas.

Si sucede que obras poco importantes, pero dignas de mencion sin embargo, vengan á engrosar nuestra lista en ciertas épocas, las agruparemos en torno de la obra principal á que pueden referirse, y procuraremos, conservando la unidad de nuestro asunto, no distraer sin provecho la atencion de nuestros lectores.

En tres categorías pueden dividirse las obras que vamos á presentar aquí. Los sabios, los filósofos, los pensadores, que estudiaron la cuestion bajo su aspecto real, é hicieron sobre ella trabajos profundos y detenidamente meditados, deben estar inscritos en el fronton del templo; estos formarán nuestra primera clase teórica. Despues vendrán los noveladores (1), los poetas, los escritores de imaginacion, que no han considerado la cuestion sino bajo el punto de vista pintoresco y curioso, y que, sin cuidarse de la solidez ó ligereza de su base, dieron libre curso al vuelo de su pensamiento. Inferiores á los primeros ante el tribunal del valor científico, merecen no obstante el segundo lugar; el interes no estéril que han sabido dar á su obra merece que les demos buena acogida. En fin la tercera clase se compone de aquellos para quienes la idea de la Pluralidad de Mundos no fué mas que un pretexto ú ocasion ó tema para la sátira ó la comedia.

(1) El autor dice *romanciers*, y nosotros traducimos *noveladores*. Segun el Diccionario de la Academia, *novelador* es el que escribe novelas; así como *novelar* es escribir novelas. Desechamos la palabra *novelista*, por usada que sea, pues es un galicismo innecesario, procedente de *nouvelliste*, que significa *novelero*, aficionado á noticias, y no el que escribe novelas.

A pesar de la distinción fundamental que existe entre estas tres clases tan precipitadamente caracterizadas, en realidad no podrían trazarse líneas divisorias entre los diferentes autores. Los libros de que vamos á hablar se siguen por series, y pueden encadenarse en anillos sucesivos, y tan de cerca, que no se distinguen estas divisiones. Si se representase cada clase por un color mas distinto, los intervalos se encontrarían formados por matices insensibles, fundiendo el todo en una larga serie. Tal autor pertenece francamente al primer orden, tal otro al segundo, y tal otro al tercero; pero tambien tal escritor pertenece á la vez á los dos primeros, este á los dos últimos, y aquel está entre unos y otros. Citemos algunos ejemplos: el *Cosmotheoros* de Huygens; *Dell' Infinito Universo* de Giordano Bruno, *More Worlds than One* de nuestro contemporáneo Brewster, están colocados en la primera categoría; *les Mondes* de Fontenelle, el *Somnium* de Kepler, tienden ya un poco á la segunda clase; *Terres célestes* de Swedenborg todavia mas, aunque en un género diametralmente opuesto; los *Etats et Empires du Soleil et de la Lune* de Cyrano de Bergerac, *l'Homme dans la Lune* de Godwin, representan plenamente esta clase; *Aventures de Hans Pfaal montant vers la Lune* de Edgar Poe, se acercan á la tercera; en esta última se agrupan los numerosos viajes imaginarios desde los de Luciano hasta los cénicos *Hommes volants* atribuidos á Retif de la Bretonne.

Parece que deberíamos eliminar de aquí á los noveladores de las dos segundas categorías, ó cuando ménos á los de la tercera. Sin embargo, áun no concediéndoles sino un lugar muy secundario, hemos creído interesante y útil á la vez señalar los puntos que, más ó ménos directamente, se refieren á nuestra tesis. Hasta en los campos mas extremos de lo imaginario, el espigador puede encontrar espigas dignas de su gavilla. Esta es verdaderamente una gavilla, que quisiéramos ver adornada con algunas flores, y que estas amenizaran un poco el campo de nuestra doctrina, sobrado árido para ciertos niños alegres de nuestra bella Francia.

Ademas, el espíritu no es un arco que se pueda tener siempre igualmente tirante, y pueden muy bien aceptarse las obras de esos autores frívolos como punto de reposo donde el viajero olvida su fatiga de una contemplación demasiado prolongada.

Pero, sin embargo, no conviene que perdamos nunca de vista el motivo de estos estudios.

Hubieramos podido clasificar á nuestros escritores en el orden que acabamos de indicar: poner, por ejemplo, en primera línea, aquellos cuyo valor filosófico es mas elevado, y establecer una ley de decrecimiento hasta los que pertenecen á la pura novela. Este sistema de clasificación no hubiera carecido de unidad, y la serie que hubiera producido habria ofrecido un interes de conjunto.

Hemos preferido no obstante seguir el orden natural de las fechas, y muchas razones nos han impulsado á esta eleccion. La primera, es que este orden establece la historia misma de la Pluralidad de Mundos en el pensamiento humano; parece que se sigue un surco trazado en el campo de nuestros conocimientos, unas veces profundo, otras apenas señalado, y acompañado de líneas secundarias que, paralelamente á él, continúan el mismo hecho bajo un aspecto más ó ménos superficial. Por este orden histórico, se reconoce el progreso de las ciencias y el de las verdades que el hombre afirma sucesivamente á medida que las edades le ofrecen nuevas conquistas; y se juzga al mismo tiempo el valor de los escritores, segun su atrevimiento y la elevacion de sus miras relativamente á su tiempo. Ademas, se puede ver por qué filiacion llega una verdad á revelarse, ya bajo el aspecto de los descubrimientos científicos, ya bajo el velo de la ficción. Otros motivos ademas nos hablaban en favor de este orden. Hemos creído especialmente, que habria mayor variedad en nuestros relatos presentándolos segun la fecha de su aparicion repentina, mejor que matizando nuestro libro segun el brillo más ó ménos deslumbrador de las obras que nos proponemos analizar; y, lo confesamos, un libro interesante nos ha parecido siempre preferible á un libro frio y monótono.

Nuestro relato presentará tal diversidad, que causará admiración el conversar al mismo tiempo con los escritores mas diferentes, el pasar de un apóstol ilustre de la ciencia á un soñador extravagante y superficial, el ver juntos en un mismo panteón á los reyes del pensamiento y á sus bufones disfrazados. Sin embargo, no podíamos evitar esta singularidad, en atención á que nos hemos propuesto dar á conocer cuanto se ha dicho de *razonable* ó de *imaginario* á propósito de la idea de la Pluralidad de Mundos, tanto por los Encélados que se hicieron de los planetas un escabel para escalar grotescamente el cielo, como por los discípulos silenciosos de la austera Uranía, que pasaron sus días en la contemplación y en el estudio de los grandes misterios.

Para el que sabe reconocerla, la marcha del espíritu humano es visible bajo cualquier punto de vista que se mire la filosofía de la historia. En nuestra monografía crítica en particular, se verán todas las fases del espíritu humano, reflejadas en nuestro asunto como en un espejo. Desde luego el espíritu simboliza las fuerzas de la naturaleza, y, sin salir del círculo trazado por las apariencias, supone una vida inteligente circulando en el universo entero como en un cuerpo. Mas tarde, se desarrolla el pensamiento y por todas partes nacen concepciones mas atrevidas. Se piensa en las causas, en los misterios de la formación del mundo, en los de su disposición presente; y el alma, elevándose con lento vuelo hasta la noción de lo infinito, principia á comprender que un solo Mundo no llena el universo, y que tal vez, mas allá de la esfera de las estrellas fijas que terminan nuestro horizonte celeste existen otras tierras y otros cielos. Pero en los primeros siglos de nuestra era, dos sistemas vienen á poner un freno á estas tendencias, y hacer mirar á la creación bajo un aspecto mas simple; estos son el sistema físico de Ptolomeo, que coloca la Tierra en el centro del Mundo y le da de esta manera la preponderancia sobre la creación entera, y el sistema espiritual cristiano coronando al precedente y estableciendo la eterna dualidad de la Tierra y del Cielo. La cuestión reviste en seguida un aspecto

místico y mas misterioso que en las mismas edades primeras, porque las visiones del otro mundo y las leyendas de los mitos se mezclan á ella durante la Edad media. En la renovación científica iniciada por Copérnico al descubrirse el telescopio, se opera una verdadera transformación de la idea de la Pluralidad de Mundos, que desde entónces se apoya sobre un terreno verdadero, y únicamente de allí data su era. Pero como los primeros anteojos inventados no alcanzaban mas allá de la esfera de la Luna, y se detenían con complacencia en el análisis de esta tierra vecina, se ve durante mas de un siglo, que la Luna es el punto donde se encuentran así los teóricos como los viajeros celestes; á ella es á quien se describe, sus mares y sus montañas es las que se visitan, y en sus campos es donde se construyen las primeras ciudades de las habitaciones celestes. Muerta la escolástica en el siglo decimoséptimo la filosofía natural recobra sus derechos, la óptica continúa sus progresos, y las bases matemáticas vienen á ofrecerse para la medida de las distancias; este movimiento general está claramente impreso en la historia de la Pluralidad de Mundos. Los floreos de la novela y de la fantasía vienen en el siglo décimooctavo á ingerirse en la idea fundamental que reviste una forma multicolor; pero la naturaleza íntima del asunto continúa en el fondo como una fuerza permanente. Sin embargo, solo en nuestra época se ven llegar todas las ciencias á un grado suficiente de certeza para poder construir en su valor real, el edificio de nuestra doctrina. — Así se suceden y completan los descubrimientos del espíritu humano; así están sellados con caracteres indelebles en la historia completa de cada idea particular los progresos de la ciencia y de la filosofía.

CAPITULO PRIMERO

ANTIGÜEDAD ORIENTAL

PRIMERAS FAMILIAS HUMANAS. — ARTAS. — NATURALISMO ANTIGUO. —
PERSIA. — CHINA. — RELIGIONES DE ZOROASTRO, DE CONFUCIO, DE
BRAHMA. — EGIPCIOS. — GALOS. — FILIACION INDO-EUROPEA.

La idea de la existencia de otro Mundo análogo á este, situado fuera de los límites del nuestro, parece una concepcion originaria del espíritu humano, cuya seduccion lo habia cautivado mucho tiempo ántes que la ciencia pudiese abrir un camino regular á las investigaciones cosmográficas. En las épocas primitivas de la familia humana, durante las cuales el hombre, como el elefante, no posee mas equipaje que las nociones ilusorias salidas directamente de la impresion exterior sobre los sentidos, la Tierra era considerada simplemente bajo la forma de una superficie plana indefinida; variada por las mesetas y las montañas, limitada en todos sentidos por una extension inexplorada de mares infinitos. ¿Hasta dónde se extendian los dominios accesibles á la conquista? ¿en dónde se habian tenido las exploraciones mas atrevidas

de las tribus nómadas? ¿Hasta dónde podia el hombre andar sin tocar la barrera eterna de las aguas? Apénas si estas cuestiones primitivas se habian planteado todavía para circunscribir los límites de estas regiones habitadas, mas allá de las cuales la niebla de los aspectos lejanos dejaba caer su velo impenetrable. Por encima de estos países se extendia una bóveda azul cubriendo el mundo como una cúpula misteriosa. Un objeto brillante daba la luz y el calor en ciertos períodos determinados: un objeto mas humilde alumbraba la noche silenciosa, sobre la cual se encendian tambien fulgores desconocidos. Parece en verdad, que ese aspecto tan sencillo del Cosmos estaba léjos de poseer en sí elementos de inspiracion capaces de hacer sospechar la existencia de otras tierras y de otros cielos; parece que la ignorancia absoluta del valor del globo, de su relacion con los demas astros, de la distancia y de la magnitud de estos, debiera ser una causa de esterilidad para el espíritu mas aventurero. Nada de esto hay sin embargo, y esta conclusion, que nos parece legítimamente fundada, no está basada en último caso, sino sobre la relacion de nuestras concepciones actuales á esas concepciones primitivas.

En efecto, el espectáculo de la naturaleza es un manantial inagotable de inspiracion así para el pastor nómada de las montañas como para el observador instruido; la causa es la misma, el resultado es diferente; el primero deja vagar su idea caprichosa, mientras que el segundo la conduce á las operaciones de una exploracion fructífera. Desde los primeros siglos de su aparicion sobre la Tierra, el hombre racional y racionador quiso hacer prueba de la brillante facultad que le distinguia de las especies animales precedentes, y bien pronto se le vió amontonar sistemas sobre sistemas para representarse la disposicion del mundo y explicarse la generacion de las cosas. Por mucho tiempo anduvo á tientas en las tinieblas, por mucho tiempo marchó en la ilusion y en el error; pero mientras que el espíritu investigaba con lentitud, la imaginacion viva y curiosa desplegaba su vuelo brillante é ilimitado. El mundo fué

siempre demasiado estrecho para ella, y hoy mismo que la vision telescópica nos ha abierto el espacio infinito de los cielos, apenas cree ella poder contentarse con este dominio.

A los ojos de los pueblos antiguos, el campo de la vida terrestre no estaba cerrado sino por una especie de sueño; atravesando esta region de sueños podian hallarse campos resplandecientes de vida, alumbrados por los rayos de un nuevo sol, habitados por seres que no podian dejar de parecérse nos un poco. Esta idea de muchos Mundos ¿no ofrece cierto encanto personal que la dispensa á primera vista de un carácter mas sólido? ¡Ver mas allá de la Tierra en que estamos comarcas en donde brilla el sol, esté bello sol del Sud que es verdaderamente el creador de la raza oriental! encontrar otras montañas coronadas de cedros, colinas donde florecen el naranjo y el olivo, valles de riachuelos murmurantes, bosques de retiros apacibles, ¿no es verdad que es un sueño bien hermoso? Sueño magnífico, en efecto, que mas tarde debia considerarse como la expresion de una realidad, y que se ofrecia desde un principio con esa afirmacion irrecusable que no pertenece sino á la verdad. Parece que el espíritu humano haya tenido desde un principio, respecto á este punto, ó una idea innata, ó una intuicion.

No era bajo el punto de vista astronómico como se habia ofrecido la idea de la Pluralidad de Mundos á los pueblos pastores de las primeras edades, y aun á las naciones mas adelantadas de la antigüedad histórica: porque la ciencia astronómica no existia para ellos. Esta verdad se les habia aparecido como posible y verosímil, independientemente de toda concepcion geométrica del universo. Por otra parte no tardó en ofrecer un campo bien preparado á las almas que se despertaron al primer sentimiento de la inmortalidad; y asociándose la nocion de otro Mundo á las vagas aspiraciones de una vida futura, se vió durante mucho tiempo unirse y confundirse estas dos ideas.

La ciencia, sin embargo, no habia nacido; bogábase por el mar de la ilusion; el mundo seguia siendo un

enigma indescifrable, y se amontonaban sistemas unos sobre otros, que, so pretexto de aclarar las investigaciones, aumentaban la oscuridad y complicaban las dificultades. ¿Por qué esfuerzos, por qué serie de observaciones elementales se elevó el hombre al conocimiento del universo? ¿qué formas revistió su idea sobre las relaciones del Cielo y de la Tierra? ¿cómo se trasfiguró la concepcion de la Pluralidad de Mundos identificándose á la de la naturaleza habitable de los astros? ¿cómo se desarrolló la apreciacion del hombre sobre las relaciones que ligan á las demas familias del espacio la familia terrestre á que pertenecemos? A describir la historia de estos hechos están destinados los siguientes capítulos. Este estudio podrá servir ademas para demostrar que, si la imaginacion del hombre es á veces atrevida y temeraria, sus esfuerzos están léjos de ser siempre estériles; y que si la ficcion es generalmente considerada como mas poética que la realidad, esto es un grave error. La imaginacion y la poesía pueden legítimamente dar la mano á la ciencia; ninguna fábula, ninguna novela ha podido alcanzar el grado de elevacion poética que la realidad es capaz de inspirar á los que la comprenden.

El Oriente es el punto de partida de la historia humana. Bajo el punto de vista de la civilizacion histórica, descendemos de los Romanos, los Romanos de los Griegos, los Griegos del Oriente. Aquí se detiene la genealogía, y cuando hemos llegado á los Vedas, libros sagrados de los Aryas, cuya primera redaccion parece remontar al siglo décimocuarto ántes de nuestra era, estamos en el último límite de los orígenes conocidos, y la niebla de las edades lejanas nos cubre con su sombra.

El Rig-Veda nos traza el cuadro del estado patriarcal de las primeras tribus humanas, y nos representa el estado primitivo de los sentimientos del hombre respecto á la naturaleza. Bajo este último punto de vista es como vamos especialmente á ocuparnos de él aquí. La exposicion sumaria de las ideas sobre la constitucion del mundo es el preámbulo natural de la historia de la Pluralidad de Mundos.

No creemos cometer anacronismo, asociando las ideas cosmogónicas de la India á las de los Hebreos; los Aryas por un lado y los Semitas por otro, han salido verosímilmente de un mismo tronco; y si difieren sus concepciones religiosas respectivas, este contraste puede explicarse por la diferencia de los países, de las lenguas, de las instituciones sociales y del genio de los pueblos.

El carácter que nos ha sorprendido desde luego en el estudio de estos libros antiguos, es el *naturalismo* profundo que forma, en unos como en otros, el fondo de las ideas sobre el mundo. Otro carácter, no ménos evidente, es el *antropomorfismo*, que domina, sin que lo adviertan, todas sus concepciones, todas sus creencias. La única excepcion que hemos de hacer en favor de los Hebreos, es que tienen de Dios una noción mas elevada, mas independiente de los fenómenos; y que han heredado este monoteísmo que es el punto brillante de su religion, y al cual jamas han podido llegar los Indios, sobre todo desde la revolucion de Çakya-Muni, el evangelizador del Budhismo.

No puede dejarse de creer que las composiciones literarias mas antiguas de la raza aryana sean anteriores al Zend-Avesta, á los libros homéricos, á los sistemas idealistas, los cuales son en todos los pueblos posteriores á los sistemas sensualistas. Los fenómenos diarios de la naturaleza fueron los primeros que impresionaron al espíritu y atrajeron la atención primera en lo relativo á la investigacion de las causas. El Sol ¡parecía tan evidentemente hecho para alumbrar y calentar la Tierra, para fecundar el suelo y madurar las producciones de los campos! ¿Cómo y por qué habia de suponerse ni por un instante que no estaba expresamente encendido en el cielo en favor de nosotros? Se encontraba colocado sobre el mismo rango que las nubes, los aires, los metéoros; como todos ellos, pertenecía al sistema de la Tierra. La Luna estaba en igual caso, y áun se la miraba generalmente como ménos útil que los elementos que preceden; pero mereció siempre el favor de ser cubierta por la poesía con cierto velo místico que parecia realzar su valor.

Por eso el Arya nómada, viajero de las orillas del Ganges, del Iaxartes, desde el mar Caspio al Indostan, inhábil para garantirse contra las influencias atmosféricas, no pasó mucho tiempo sin que sintiese en sí mismo una especie de luz de dependencia entre él y las cosas que pasaban sobre su cabeza. El firmamento, que en los días tranquilos extendia su manto azul, los fuegos desconocidos que durante la noche lo decoraban; la Luna que rielaba sobre las montañas, el Sol cuyo aspecto regio eclipsaba todas las demas claridades, el Viento que del mar soplabá nubes funestas, el Relámpago que surcaba lúgubrementé un cielo borrascoso: todas estas cosas tomaron en su espíritu cierta forma de existencia siempre relacionada con él mismo, centro consciente del espectáculo observado, y poco á poco el sér nacido en su espíritu le representó una realidad pensante y objetiva, que podia temer ó amar; segun la naturaleza de su acción para con los hombres.

Fuese temor ó amor, la verdad es que aquellos pueblos niños, encontrándose bajo la dependencia de los fenómenos no podian librarse de la idea que su dominio formulaba y desarrollaba en ellos. Pero, ¿cuáles eran los objetos de su temor, cuáles eran los de su veneracion? Se ha caracterizado á la religion védica llamándola la revelacion por la luz. Y es que en efecto debian amar mucho al Sol, brillante manantial de la riqueza y de la alegría del mundo; debian amarle é invocarle, á él que presidia á los días y á los años, que animaba la Tierra con su presencia, colmándela de vida y de esperanza, y que desapareciendo de noche, la sumergia en la oscuridad triste y silenciosa. Lo que debian temer, era precisamente aquella noche, cómplice de las malas acciones; y aquel horror instintivo de las tinieblas no dejó de influir en sus concepciones cosmogónicas. Los que temblaban de miedo por la noche y saludaban la vuelta de la Aurora con cantos llenos de entusiasmo, ¿habrian podido seguir en los cielos el curso de los Mundos errantes y elevarse á una noción áun confusa de la relacion real que existe entre la creacion sideral y la Tierra? No. Dejemos trascurrir las primeras edades de la infan-

cia ántes de buscar nociones superiores; pues apénas manifiesta el espíritu su individualidad entre estas nociones en su cuna. Cuando suene para ellas la edad de razon, podremos pedirles frutos que al presente no están ni áun en flor.

El Indio considera en los fenómenos de la naturaleza la accion directa de un poder oculto, de un dios, el primero de los dioses védicos, del dios Indra, trasformado mas tarde en una multitud de divinidades. Él es el que se levanta con la Aurora, el quien brilla en el Sol, el que fecunda con las lluvias, el que truena con el rayo, el que sopla con el viento. No es un Dios inaccesible como el Dios de Israel, sino que está en relacion mas directa, mas familiar todavía con nosotros. Indra es la expresion mas elevada del sentimiento de la divinidad entre los Aryas, es el Zeus de los Griegos; pero como la idea metafísica de una esencia inmaterial é infinita apénas puede formularse entre los hombres primitivos, y en manera alguna puede sostenerse en su espíritu, esta concepcion se encuentra en realidad destruida al momento por una divinidad secundaria, Agni, dios del fuego. El antropomorfismo es una necesidad del sentimiento religioso; el hombre quiere ver, sentir cerca de sí el sér en quien pone su confianza. Enciende un brasero y se imagina que Agni reside en esta llama, que el Sol mismo y las estrellas no son sino fuegos semejantes al que encendemos, y á los cuales torna este al consumirse. Bien pronto el Sol mismo considerado de una manera diferente segun la estacion, y mas tarde segun cada una de las doce posiciones que ocupa sucesivamente en el cielo, y los epítetos dados á un mismo sér pasan al estado de sustancias en el espíritu de las generaciones llegando á designar divinidades particulares. Despues se forma el politeísmo; nace la idea de remontarse á los orígenes y se imagina el maridaje del Cielo y de la Tierra; nacen las divinidades pequeñas de la naturaleza: esta es quizá la historia originaria de Kronos y de Rhea entre los Griegos.

Así pues, véase aquí la cosmogonía de los Aryas estableciéndose ella misma por la derivacion natural de

las cosas. Extraños á los principios mas elementales de la astronomía, permanecen por mucho tiempo sin tratar de inquirir cómo es que el Sol se extingue por la noche al Occidente y se enciende al Oriente por la mañana. Despues de haber investigado mucho tiempo, encuentran una explicacion. Llegado al término de su carrera diaria, se dice, se despoja de su claridad y atraviesa de nuevo los cielos con una faz oscura para llegar al Oriente, de donde se levanta al siguiente día recobrando su disco luminoso. Entónces miéntras que Indra representa al dios del dia, ó sea el Sol, por oposicion al dios de la noche, el Sol tenebroso, Varuna, es quien personifica el firmamento cuando la luz ha desaparecido de él. — Este modo de crear divinidades da una idea aproximada de la confusion que reina entre los pueblos en materia de cosmogonía.

Un hecho notable en la historia de los Aryas, y que testifica como ningun otro la anterioridad de este pueblo, es que ni la Luna, ni las estrellas son consideradas como personificaciones divinas. Las constelaciones no han recibido denominaciones especiales, á no ser la Osa mayor. Apénas se habla de los doce meses. Este saheísmo es anterior á la fase caldea que contaba observaciones astronómicas regulares, y que produjo los elementos de las fábulas teogónicas. Ni áun se han distinguido los planetas de las estrellas fijas, y solamente Vénus lleva un nombre, por la circunstancia de mostrarse á la salida y á la puesta del Sol, y porque se le atribuía el deseo de resistir al poder de Indra.

No habiéndose elevado á ninguna nocion verdadera sobre la naturaleza del universo, ¿cómo hubieran podido los Aryas librarse del antropomorfismo y pensar en la simple posibilidad de la Pluralidad de Mundos? Para ellos la Tierra y el Cielo formaban una unidad simple, poblada de séres misteriosos teniendo cada uno su relacion con la humanidad; era pues evidente que todo estaba hecho para el hombre, y que así estaba completo el universo. Seria inútil buscar alusiones en semejante doctrina; seria un error tomar las palabras por ideas. El pasaje del Rig-Veda, en que he-

mos notado la alusion mas favorable á nuestra tésis, es este (1) : « Oh Agni, exclama Vasichtha, apénas has nacido, cuando, dueño de los Mundos, los recorres como el pastor visita sus rebaños. » No se trata aquí de los Mundos estrellados; y el poeta, precediendo en esto á J. B. Rousseau, celebra el paso sucesivo del astro del dia por encima de los diferentes pueblos de la Tierra.

Mientras que Varuna representa, como hemos dicho al Sol de la noche, los himnos védicos le asocian á menudo, en sus invocaciones, á Mitra, nombre nuevo del Sol diurno. Este Mitra podria ser, segun se deduce de un sabio paralelo de M. Maury, el origen del Mithra persa, dios-héroe y vencedor como él, y que ha conservado la mayor parte de sus caractéres. Solamente el fundador del mazdeismo (Zoroastro) ha referido á su Mithra una parte de los caractéres del Agni védico. Mithra y Aryaman aparecen, aquí como en la religion védica, bajo dos aspectos diferentes, astros de la tarde y de la mañana como el Phosphoros de los Griegos y el Lucifer de los Latinos; pero este doble carácter no ha dejado mas que débiles huellas en el Zend-Avesta.

Los Persas formularon mas explicitamente sus creencias cosmológicas. Disertaron, — casi podriamos decir divagaron, — mas claramente sobre el origen del universo y sobre el destino de los seres. Segun dicen los escritores orientales, la creacion del Mundo principi6 el 15 del mes de Mithra, y se efectuó en seis dias: una fiesta celebraba este aniversario. Despues de la muerte, las almas atravesaban un puente, al fin del cual recibian la vida nueva. Estas creencias están llenas de mitos astronómicos que, poco á poco, tomaron un carácter de realidad terrestre. En vez de elevarse á la noción de la verdad por la observacion y el análisis de los fenómenos, se atuvieron á los desvarios psicológicos bajo cuya influencia se horraron hasta las últi-

(1) Sec. V, lect. 2, h. 12, V. 3.

mas huellas de una primitiva ciencia de observacion. En cuanto á librarse de la raza terrestre y de la Tierra, ni Brahma, ni Zoroastro, ni ninguno de sus discípulos pudo conseguirlo.

Lo mismo sucede en China, donde, cerca de seis siglos antes de nuestra era, proclamó Confucio su gran sistema de filosofía; sin que se vea en él ninguna observacion científica, ningun análisis. Confucio no ha dado sino una recopilacion de máximas morales, politicas y administrativas. No queremos discutir la utilidad de sus preceptos, pero bajo el punto de vista de nuestra historia, la China de aquella época, como sus vecinos de la India, no ha imaginado nada que haya llegado hasta nosotros. Si Lao-tseu fué mas místico, su máxima principal (quisieramos no trascribirla) es esta: « El sabio hace consistir su estudio en la ausencia de todo estudio. » — Véase quien prepara bien el Buddhismo. — Por notables que hayan sido ciertas observaciones astronómicas de los Chinos, entre las cuales las formas gubernamentales estaban tan íntimamente asociadas á las reglas cosmográficas, la naturaleza del universo les era enteramente desconocida (1).

Ciertamente que no pretenderemos hallar en Buddhismo la menor aspiracion en favor de la doctrina de la Pluralidad de Mundos. Esta inconcebible religion no es mas que un sér muerto. ¿De qué le serviría observar, trabajar, pensar? La actividad no es mas que una molestia estéril. El quietismo, ó mejor dicho la indolencia, es su ideal. Un buddhista podria decir sin paradoja que la suprema felicidad consiste en la ausencia de la felicidad. Adóptese sobre el sentido literal de la palabra Nirvana la explicacion de Burnouf ó la de sus adversarios, la opinion que pueda formarse sobre los buddhistas no les será nunca favorable. Ellos realizan en grande escala la indolencia de esos jóvenes ingleses que hacen

(1) Puede verse en los compendios de la astronomía china y especialmente en el de J. B. Biot, que nunca se trata en ellos ni de la naturaleza de los astros, ni de su destino.

hablar á sus vecinos en su lugar para no cansarse la lengua.

Sin embargo, — (así está constituido el mundo y nada hay de absoluto en la naturaleza), — iniciándonos mas íntimamente en los diferentes pueblos de la antigüedad no clásica, podremos, no en su ciencia, sino en su religion, recoger pensamientos útiles para nuestro tesoro. Así es que fijándonos un poco en la relacion general, encontraremos entre los Aryas, en medio de su culto pantefístico de las fuerzas de la naturaleza, en el que dominan las esperanzas de la vida presente, la idea de emigraciones verificadas por las almas, ya en los cielos superiores, en donde brillaban revestidas de un cuerpo sutil, ya en los cielos inferiores en donde estaban alimentadas por Indra, ó ya en fin sobre la Tierra, en donde han pasado á diferentes cuerpos. Mas tarde, cuando la India fué gobernada por una casta sacerdotal regular, y el culto idealista de Brahma reemplazó al naturalismo primitivo, se creyó que el destino supremo del alma era ser admitida en los cielos superiores. Estas teorías relativas á la trasmigracion de las almas despues de la muerte parecen á la verdad implicar la de la Pluralidad de Mundos; pero este es un punto de vista puramente religioso, que tendremos ocasion de tratar fundamentalmente en otro lugar, y que no se refiere á la ciencia física. Conviene sin embargo insistir un instante en estas consideraciones que no dejan de ilustrar con interes la historia de las aspiraciones innatas del espíritu humano.

« El alma va al Mundo á que pertenecen sus obras, está escrito en los *Vedas*. Si el hombre ha hecho obras de las que conducen al Mundo del Sol, el alma va al Sol... El hombre que habia tenido por objeto la recompensa de sus buenas obras despues de muerto, va al Mundo de la Luna. Allí, está al servicio de los encargados de la mitad de la Luna en su creciente. Estos le acogen con alegría; en cuanto á él, no está tranquilo, no es feliz, toda su recompensa es de haber llegado por cierto tiempo al Mundo de la Luna. Trascurrido este tiempo, el servidor de los encargados de la Luna en su

creciente descende al infierno; allí renace gusano, mariposa, leon, pez, perro, ó bajo otra forma (áun bajo la forma humana).

« El Mundo de la Luna es en donde se recibe la recompensa de las buenas obras hechas sin haber renunciado á su fruto; pero esta recompensa no tiene mas que un tiempo fijo, despues del cual se renace en un Mundo inferior. Al contrario, cuando se renuncia á la recompensa de las obras, y se busca á Dios con fe firme, se llega á este Sol que es el gran Mundo (1). »

El Bhagavad Gita, estableciendo una distincion entre los buenos, que se encaminan al objeto de su pensamiento (Dios) para no volver, y los indiferentes, que trasmigran para volver otra vez, añade : La luz, el dia, la Luna creciente, los seis meses en que el Sol está en el Norte, ved aquí el tiempo en que los hombres que conocen á Dios se dirigen á Dios. — El humo, la noche, la menguante de la Luna, los seis meses del Sud, son el tiempo en que el yogi (2) se dirige á la órbita de la Luna para volver de ella mas tarde.

Estas mismas ideas se encuentran en la mayor parte de las religiones primitivas; pero bien se ve que no es este el lugar de desarrollar estas creencias, y que los habitantes de los astros no son allí sino la resultante de una pura concepcion metafísica. Los Egipcios adoptaron opiniones análogas sobre el destino de las almas, pero ahogadas tambien bajo un politeismo exuberante. El mazdeismo las continuó dándoles nuevas formas sin definir las mejor. Los Caldeos de Babilonia emiten en fin un sistema mas regular, anunciando que la trasmigracion de las almas á los cielos desconocidos se renovaba cada 36,425 años, siguiendo un inmenso período astrológico, y estableciendo de esta manera, por la cir-

(1) Véase *La religion des Hindous selon les Védas*, por Lanjivais.

(2) Yogi, « nombre que se da á ciertos religiosos indios, que, para hacerse mas estrechamente con el gran Sér, se hacen insensibles á todas las impresiones exteriores. »

culacion de la vida pensante al traves del infinito, una especie de solidaridad entre el cielo y la Tierra.

Es un espectáculo á la vez curioso y útil observar la primera conciencia del pensamiento entre los pueblos primitivos, y ver que en cualquier lugar del globo que habiten, el espíritu de los hombres manifiesta los mismos caracteres, las mismas tendencias primitivas. Alce- mos el velo nebuloso que pesa sobre la antigua Escan- dinavia, evoquemos el recuerdo de los Celtas primitivos, de los Getas y de los hijos del Norte; si la forma exte- rior de sus pensamientos difiere de las del mediodia en que brilla ménos, en el fondo veremos el mismo temor de las fuerzas formidables de la naturaleza, y el mismo culto del naturalismo pantefstico. La poesia de Ossian (sea apócrifa ú original) revela esta tendencia lo mismo que los Sánkyas.

Peró hasta aquí no hemos visto todavía definirse bien las ideas sobre la naturaleza de los astros, y con mayor razon sobre su valor bajo el punto de vista de la habitacion. Las concepciones de la religion ó de la poesia han permanecido vaporosas en la esfera de lo incomensurable; no han podido revestir ninguna forma sustancial, y cuando se las quiere coger, se escapan como un humo sin consistencia. Tal vez encontraremos entre los hombres mejor dispuestos á la observacion científica un fundamento mas sólido y concepciones ménos vagas.

Jean Reynaud ha dado á luz recientemente (1) la cosmogonía de los Galos primitivos, y su trabajo, mas extenso de lo que hubiera podido suponérsele en razon de la insuficiencia de los testimonios, establece racion- almente la filosofia druidica, mejor definida que nin- guna de las precedentes. Que los druidas hayan podido hasta cierto punto conocer los movimie ntos reales de los Mundos y sus posiciones en el espacio, parecen probarlo los monumentos que no s han quedado; pero que hayan tenido una astronomía física, y hayan podido notar la

(1) *L'Esprit de la Gaule*, 1864.

analogía que existe entre la Tierra y los demas planetas, es lo que áun permanece muy dudoso. Sin embargo, véase aquí un testimonio singular, consignado por Hecateo. Este historiador refiere que la Luna, vista desde la isla de la Gran Bretaña, parece mucho mayor que vista desde cualquiera otra parte, y que áun se lle- gan á distinguir en su superficie montañas como en la Tierra. ¿No sería este el origen de la fábula referida por Plutarco, de que hablaremos en nuestro próximo capít- ulo? Como quiera que sea, es cierto que los druidas consideraban á la Luna como el astro al cual se dirigian las almas inmediatamente despues de la muerte.

En la Galia, como en la Caldea y como en todas par- tes, la astronomía y la teología están íntimamente enla- zadas, y es difícil separar la primera de la segunda y citar respecto á aquella algunos pasajes que no sean solidarios de esta. César nos dice ademas que la obser- vacion del cielo era una de las ocupaciones oficiales del colegio de los druidas. Si conocian el verdadero sistema del Mundo, el pasaje siguiente de Taliesin (áun cuando fuese interpolado por otro bardo) parece indicarlo. «Preguntaré á los bardos, dice, lo que sostiene al Mundo, puesto que, privado de sosten, el Mundo cae. Pero, ¿quién podría servir de sosten? ¡Gran viajero es el Mundo! Miéntras que se desliza sin descanso, perma- nece tranquilo en su camino y ¡cuán admirable es la forma de este camino para que el Mundo no se aparte de él en direccion ninguna! » Cierta número de monu- mentos célticos han quedado que testifican en favor del adelanto de la astronomía entre los Galos.

No nos atrevemos á emitir con el autor que precede la asercion de que Pitágoras haya sacado de los druidas el sistema del Mundo, que enseñó á los iniciados de su doctrina esotérica; no obstante hay tales relaciones entre las creencias de los primeros y las suyas, que mas bien le supondriamos alumno de los druidas que de los sacer- dotes del Egipto. Vemos, en efecto, que la escuela griega pitagórica enseña á la cabeza de sus dogmas el de la metempsicosis.

Orfeo habia proclamado nuestra doctrina primero que

C. ALONSO

ninguno entre los griegos. Proclo, *in Timæum, lib. IV*, nos ha conservado los versos donde se dice que la Luna es una tierra en que hay montañas, hombres y ciudades:

Μήσατο δ' ἄλλην γαίαν ἀπείρατον, ἦν τε Σελήνην
Ἀθάνατοι κληροῦσιν, ἐπιχθόνιοι δέ τε Μήνην,
Ἦ πολλ' οὐρ ἔχει, πολλ' ἄστα, πολλὰ μέλαθρα,

Altera terra vaga est quam struxit, quamque Selenem
Dii vocitant, nobis nota est sub nomine Lunæ:
Hæc montes habet, ac urbes, ædesque superbas (1).

Ciertas escuelas griegas y ciertas escuelas latinas enseñaron explícitamente la Pluralidad de Mundos, pero bajo diferentes puntos de vista; y aquí es solamente donde el ojo del analizador puede discernir los diversos móviles que pueden haber conducido ó haberse armonizado con esta concepcion del Universo. Aun nos vemos obligados, al terminar este relato de nuestra historia en la antigüedad, á limitarnos á generalidades, porque no ha llegado hasta nosotros ningun libro escrito expresamente sobre nuestro asunto. La exposicion genérica que vamos á hacer, podrá ademas aplicarse á todos los tiempos; porque si las circunstancias y los elementos de la ambicion humana cambian con las edades y las naciones, no sucede lo mismo con el espíritu humano, universalmente semejante á sí mismo.

No será pues inútil decir aquí algunas palabras de psicología.

A primera vista parece el número de sistemas filosóficos tan grande, que debe ser difícil reconocerlos, y clasificarlos distintamente; sin embargo, examinando bien, se ve que pueden desde luego referirse todos á dos principales, en seguida á otros dos que históricamente son posteriores á los primeros. En el primer sis-

(1) Si estos versos no son verdaderamente de Orfeo, cuya existencia misma es muy dudosa, ó acaso de Pitágoras, pueden atribuirse al pitagórico Cercops. *Orphicum carmen*, dice Ciceron (*De nat. deor. L. I.*) *Pythagorici ferunt cujusdam fuisse Cercopis.*

tema, el de los *materialistas*, el Mundo sensible es solo existente, y nuestra alma no es mas que la colectividad de las sensaciones que nos producen los objetos exteriores y de las ideas que de ellos derivan, como Dios no es otra cosa que la generalizacion inconsciente de todos los fenómenos de la naturaleza. Pero no pudiendo un sistema exclusivo dar cuenta de todos los hechos, sucede que la observacion de los fenómenos invisibles que pasan en nuestro pensamiento, y que en manera alguna son explicables por el sistema de las sensaciones, ha creado un nuevo sistema opuesto, el de los *espiritualistas* ó de los idealistas. Este último sistema es en su círculo, tan incompleto como el primero; pero tampoco puede estar aislado y ser admitido con exclusion de todo lo demás. Y es porque el espíritu, habiéndose apasionado sucesivamente del primero y del segundo, notó cuánto se contradicen uno á otro, cuán vanos son y áun combatiéndose en todo, cuán léjos están de satisfacer nuestra gran necesidad de saber. De ahí resulta que el sentido comun hace justicia bien pronto á estas creaciones humanas, duda de ambas, y cae en el *escepticismo*, nuevo sistema mas fácil, pero inconsecuente. Esta misma inconsecuencia del escepticismo conduce el alma á la necesidad de creencias; sucede entónces que llevada y traída de un sistema á otro sin encontrar en ellos nada bueno, se arroja en el *misticismo*, abnegacion espontánea y ardiente de todo, para abismarse en el seno de la gran causa tan buscada y siempre desconocida.

Hemos aprendido por experiencia á conocer esta filia- cion de los grandes sistemas fundamentales á que pueden referirse todas las variantes; y creemos que las almas investigadoras no pueden haber vivido sin gustar del uno y del otro, y sin encontrar al fin de la cuenta que ni uno ni otro deben adoptarse exclusivamente, que todos tienen algo bueno y que la sabiduría consiste en establecer el equilibrio en nuestro espíritu, áun cuando fuese un equilibrio inestable: no hay otro en la naturaleza.

Pero, ¿cuál es el aspecto eterno de la Pluralidad de Mundos ante cada una de estas filosofías?

Los filósofos de la materia, que consideran al universo como la obra inconsciente y eterna de fuerzas ciegas, que no reconocen causa primera y final, y que encuentran sucesivamente la causa en un efecto anterior y este efecto en la causa, admiten que el concurso espontáneo de los elementos ha podido formar en los campos infinitos del espacio uno ó muchos Mundos, hasta un infinito de universos semejantes al que observamos. Para ellos la infinidad de Mundos está en los límites de lo posible, la Pluralidad en los límites de lo probable, para algunos también, requerida por la necesidad.

Los idealistas creen que preside una inteligencia á la formación y al establecimiento de las cosas, y que la creación no puede dejar de tener un objeto. A las probabilidades anteriores sobre la creación espontánea de los seres por consecuencia de la acción de las fuerzas universales de la naturaleza, agregan las que resultan de una dirección inteligente aplicada á la obra cósmica. Se complacen en creer que la armonía y la belleza se manifiestan en los cielos como en la Tierra, y más particularmente todavía; y que la riqueza infinita de la cual no tenemos más que un preludio aquí bajo, se ha desarrollado libremente en los campos etéreos. Creen además en la existencia y en la inmortalidad de las almas, y quieren para su vida futura una mansión en las regiones celestes.

Los escépticos: no lo serían si como los anteriores adoptasen una cosa sin dificultad; por eso los vemos buscar contra la admisión de una proposición cualquiera todas las objeciones posibles, no temiendo á menudo negar ininteligentemente tal ó cual cosa por el solo placer de negarla, y porque no podrían contradecirla. Entre nosotros, estos espíritus son muy útiles, porque sin ellos así los sensualistas como los espiritualistas podrían con mucha frecuencia extraviarse hácia lo absurdo. Los escépticos son el contrapeso de los prudentes pensadores. En cuanto á la Pluralidad de Mundos en particular, la afirmarían violentamente si se la negasen generalmente; pero como en suma ella no ofende á ninguna teoría, están dispuestos á reírse de los que las afirman.

Veamos ahora á los místicos. Para ellos no hay la menor razón contra la Pluralidad de Mundos, y hay un infinito en su favor. Por eso no se encuentran apurados para crear en su imaginación, con qué poblar infinitamente esos Mundos infinitos. Pero delante de ellos es preciso ser bastante reservado para no entrar en su dominio; porque sabido es que desde el principio están fuera de la observación científica, y precisamente esta observación es nuestra pendiente.

Estas clasificaciones de las opiniones filosóficas y de su disposición recíproca respecto de nuestra doctrina explican la historia en dos palabras. La escuela jónica fundada por Thales, la escuela de Elea en parte, y la de Epicuro pertenecen al grupo primero. Entre los Latinos, Lucrecio se hará el corifeo de ellas. Las escuelas de Pitágoras, de Sócrates y de Platon pertenecen al segundo grupo. Aristóteles pertenece á entrambas á la vez, y en esto es grande como filósofo, á pesar de sus errores en astronomía. Los sofistas, los cínicos y la nueva academia pertenecen al tercer grupo. La escuela de Alejandría en fin, y el neoplatonismo pertenecen al cuarto.

Hubo sin embargo entre los Griegos y entre los Romanos como hoy entre los franceses, gentes que no son de ninguna opinión, que no han formado su espíritu en el estudio de la naturaleza, que se ocupan muy poco de lo que conviene creer ó de no creer, y que viven muy descuidados de las cosas del espíritu. Evidentemente no hablaríamos de estas gentes, si no hubiesen existido á veces entre ellos forjadores de sistemas interesantes de observar para nosotros. Tales fueron los combates cósmicos entre el Frio y el Calor, lo Seco y lo Húmedo, la Luz y las Tinieblas, las Formas geométricas, las Propensiones naturales, etc., combates de donde salieron diversos Mundos arbitrariamente establecidos según la fantasía de sus autores. Tales fueron también las cosmogonías según el sistema de la generación de los números, en las cuales principia el universo por el punto y se continúa por la línea, movimientos originarios de donde nacen el tiempo y el espacio.